

La fenomenología de Apolo y Dafne

para exponerse ∞ PAULA LÓPEZ ZAMBRANO



DEL CONTACTO INGENUO con el mundo y el arte se despliega una descripción pura. El sentido común y la actitud natural proporcionan certidumbres y verdades. Primero existimos y después están las clasificaciones. No podemos partir de conceptos para después llegar a las cosas, o partir puramente de la teoría para enfrentarnos al arte. El mundo no es sólo lo que pienso, sino también lo que vivo y esta vivencia se da en la objetivación. Lo último no es lo intelectual, sino lo fáctico, la existencia en el mundo, lo que se da tal y como es en la conciencia humana.

Antes del término «barroco italiano», de la ubicación contextual en la Italia del siglo XVII, del reconocimiento de la tendencia artística en la que se replantearon los principios helenísticos y de la referencia al texto de Ovidio (que a su vez nos remonta a la antigüedad romana), nos encontramos frente a *Apolo y Dafne* de Gian Lorenzo Bernini. La escultura está como objeto existente, pero estamos nosotros como receptores ante ella. Si retiramos al mundo objetivo, al mundo científico, se revelará al sujeto perceptor y al mundo percibido. El arte es la puesta en obra y la revelación de la verdad.¹ *Apolo y Dafne* muestra el sentido del *ser* simplemente siendo obra. La escultura es hermosa. En el *es*, se encuentra su esencia, su existencia; *es*, entonces tiene un sentido. Para comprender la obra, hay que comprender su *siendo*, su existir mortal.

Sin embargo, este texto se desprende del recuerdo de un viaje a Roma y una visita a la Galleria Borghese, pero es permisible hablar de este encuentro que sucedió hace algún tiempo. El mundo y su facticidad también son posibles en nuestros recuerdos, existen en nuestra me-

¹ Heidegger, Martín, *Tiempo y ser*, Madrid, Tecnos, 2001.

moria y se dan en nuestra conciencia. Nuestros sentimientos, percepciones, deseos y sueños se fusionan con la naturaleza y con los objetos mismos. La realidad se compone de los fenómenos puros, así como de las percepciones, imaginaciones, sensaciones y pensamientos.

Si pensamos de esta forma la escultura se convierte en una presencia ambivalente porque es algo que ya no vemos, pero que recordamos. Con la memoria, lo que ya no está físicamente frente a nosotros es una realidad. Con la memoria, el presente no borra el pasado de la escultura y su futuro tampoco borrará el presente. El recuerdo exhibe una antigua experiencia y el pasado sigue siendo nuestro verdadero presente que se oculta detrás de nuestra mirada.

Por esto podemos pensar que nos encontramos ante *Apolo y Dafne* como objeto, como fenómeno; vemos una piedra manipulada que imita los cuerpos de dos personas: un hombre y una mujer que se encuentran de pie y que parecen moverse, pero en realidad están estáticos. Él le está tocando el vientre y tiene un rostro que revela su deseo sexual y ella tiene los brazos levantados con una expresión de angustia; si miramos más fijamente, casi podemos escuchar un grito agudo. De las manos de la joven y de su cabello se desprenden hojas, de sus pies brotan las raíces de un árbol. Dafne se está transformando en un laurel y nosotros miramos tal fenómeno y captamos una sensación, un asombro que nuestra trabajo expresar en estas letras.

No obstante, es en el *silencio* de la conciencia originaria (de la significación primaria) donde aparecen lo que las palabras y las cosas quieren decir (los actos de denominación y expresión)². Lo que no se puede expresar existe, la palabra que no aparece en el diccionario está presente, silenciosamente, en nosotros. Aprehendemos la obra, nos gusta y finalmente cobramos conciencia de su existencia. La obra de arte, en tanto objeto, se está dando en nuestra conciencia, en nuestro entendimiento.

Imaginemos que estamos de pie y frente a *Apolo y Dafne*. Nuestros ojos se dirigen al objeto y, con la retina, lo captamos. La obra de arte, antes de ser denominada como arte, es-

tá enteramente expuesta; sus partes coexisten mientras nuestra mirada las recorre una a una. Sentimos algo, y pensamos que sus rostros parecen infantiles, pero también nos hacen recordar el sufrimiento causado por el deseo. La lujuria de Apolo es el motivo de la transformación de Dafne. Ella dejará de ser un ser humano para formar parte del reino vegetal. Hasta podemos sentir el dolor. Al observar más de cerca su rostro la descubrimos finita y nos preguntamos por el límite en el que se define el ser mujer. También nos descubrimos a nosotros mismos como ser-del-mundo y finitos. Nos sentimos frágiles e inseguros, pero cobramos conciencia de nuestra propia existencia.

Podemos respirar y sentir el aire de la galería. La escultura está como objeto, y cuando la percibimos tiene un sentido. *Apolo y Dafne* evoca al movimiento, al cambio, a la caducidad, y al tiempo; aunque la obra es estática (es una escultura de mármol), despierta la impresión de un acontecer captando una realidad siempre en tránsito. Las manos de Dafne con ramas y hojas son una ilusión o un sueño verdadero. Apolo y Dafne están en un instante del transcurso de una acción y la experiencia de esta ficción nos induce a reflexionar sobre la fusión de las apariencias con los fenómenos.

La mirada es la forma como accedemos a los objetos. El ver fisiológica y psicológicamente un objeto es hundirse en el mismo. Con el cuerpo, con la mirada, nos apropiamos del mundo y formamos parte de él. Al mirar la escultura, la podemos conocer. Ahora imaginemos que tocamos el frío mármol que la compone ¿qué se siente?

La fenomenología revela la facticidad del mundo y de las cosas en la conciencia humana. *Apolo y Dafne*, antes de ser nombrada, es una piedra, un mármol que capto y aprehendo en mi conciencia y finalmente denomino una obra de arte maestra. La escultura de Bernini pone en obra la verdad: da cuenta de la existencia porque *es y está siendo*; su esencia es el Ser mismo, el existir. Da cuenta de lo radical y primario que es la finitud del Ser. Tanto la escultura como nosotros somos-del-mundo e intercedimos en él.

2 Merleau-Ponty, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1994.

Lenguaraz

año 5 número **I7** invierno 2009

literatura
para no leer

\$ 23.00

